

NOCHES EN FLORENCIA, 1

EL PRÍNCIPE

Por el autor de *El infierno de Gabriel*

SYLVAIN REYNARD



Noches en Florencia, 1.

El Príncipe

Sylvain Reynard

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *The Prince*

© Sylvain Reynard, 2015

© Del extracto de *La alondra*, Sylvain Reynard, 2015

Publicado de acuerdo con InterMix Books, un sello de Penguin Publishing Group, perteneciente a Penguin Random House LLC. InterMix y "IM" son marcas registradas de Penguin Publishing Group

© por la traducción, Lara Agnelli, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Versus Studio - Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-08-14758-9

Depósito legal: B. 22.956-2015

Composición: Víctor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Agosto de 2011

Florenxia, Italia

El Príncipe de Florenxia estaba en la primera planta de la galería de los Uffizi, planteándose cometer un asesinato.

Lo más selecto de la élite humana de la ciudad —hombres con esmoquin y mujeres con vestidos largos— se arremolinaba a su alrededor en el momento en que el profesor Gabriel Emerson llenó la estructura renacentista con su insipidez.

El Príncipe había matado antes. Elegía a sus víctimas con cuidado, y sólo en contadas ocasiones había disfrutado de ello. Ésta iba a ser una de esas ocasiones.

Era ligero de pies y extremadamente astuto. Su inteligencia era el complemento perfecto para su fuerza sobrenatural. Sin duda podría llegar hasta el profesor americano y partírlle el cuello sin que nadie se diera cuenta.

Se imaginó que cruzaba la sala a toda velocidad, ejecutaba al profesor y huía por una ventana sin que ninguno de los cien invitados dejara de beber champán.

Los humanos eran unos seres muy fáciles de engañar. Probablemente achacarían la muerte del profesor a un ataque al corazón repentino y seguirían con sus vidas sin darse cuenta de lo que tenían ante sus ojos.

El Príncipe se tensó ante una perspectiva tan tentadora. Los músculos de sus antebrazos se contrajeron bajo las mangas de su carísimo traje negro.

Sin embargo, una muerte tan rápida no era suficiente para la magnitud del delito que el profesor había cometido; un delito que, además del daño personal, incluía una gran dosis de humillación.

El Príncipe se sentía muy orgulloso del modo en que impartía justicia (tal como él lo definía), así que descartó la posibilidad de una ejecución rápida.

El profesor tenía que sufrir, y eso implicaba que su bella esposa también debía hacerlo.

Ella estaba junto a su marido, vestida con un vestido rojo que actuaba como un capote delante de un toro. Desde luego, había atraído su atención.

El Príncipe se la quedó mirando intensamente, absorbiendo cada detalle de su figura.

Como si hubiera notado su mirada, la joven se volvió hacia él, pero apartó la vista de inmediato.

La señora Julianne Emerson era más joven que su marido, menuda y, para el gusto del Príncipe, demasiado delgada. Tenía los ojos grandes y oscuros y, desde luego, muy bonitos. Su rostro le recordaba a los cuadros renacentistas por la elegancia de su cuello y de sus mejillas.

El Príncipe se permitió el capricho de admirar a la esposa del profesor mientras el muy idiota charlaba sin parar en italiano contando cómo ella lo había convencido para que compartiera *sus copias* de las ilustraciones originales de Botticelli. Sus ignorantes comentarios no hicieron más que avivar la furia del Príncipe.

Las ilustraciones eran suyas, no del profesor. Y no eran copias; eran los originales, dibujados por Sandro Botticelli en persona.

Era evidente que, además de un ladrón, el profesor era un filisteo, incapaz de distinguir entre una copia y su original.

El Príncipe se dedicó a elaborar nuevos y sofisticados métodos de tortura, combinados con un curso de Historia del Arte para principiantes, mientras ignoraba los halagos que el profesor dedicaba al trabajo filantrópico de su esposa con los huérfanos y los sintecho. Había demasiados humanos

que trataban de compensar sus pecados mediante buenas obras para salvar sus almas.

Pero él conocía de primera mano la futilidad de las buenas obras.

Los Emerson traficaban con una mercancía robada. Habían adquirido unas obras de arte que el Príncipe llevaba más de un siglo tratando de recuperar. Y, por si eso fuera poco, habían tenido la audacia de plantarse en su ciudad, ofrecer las ilustraciones a los Uffizi (haciéndolas pasar por copias) y montar ese espectáculo. Parecía como si lo hubieran organizado todo expresamente para provocar su ira.

Podían darse por muertos.

El Príncipe siguió con la vista clavada en la señora Emerson, aunque sus ojos grises no veían nada.

Entonces, algo llamó su atención. Sin razón aparente, la joven se ruborizó y miró a su marido con deseo y amor.

En ese momento, el Príncipe se acordó de otra persona, una mujer que lo había mirado con el dulce rubor de la juventud y el corazón rebosante de deseo.

El viejo recuerdo se retorció en su interior como si fuera una serpiente.

—Los animo a disfrutar esta noche de la belleza de las ilustraciones de la *Divina Comedia*, y a celebrar luego en sus

corazones la belleza, la caridad y la compasión en la ciudad que Dante tanto amó: Florencia. Gracias.

El profesor inclinó la cabeza al acabar su intervención. Se dirigió hacia su esposa y la abrazó entre los entusiastas aplausos de los asistentes.

El Príncipe no aplaudió. De hecho, frunció el ceño y murmuró una maldición contra Dante.

Se quedó solo en su desprecio. Fue el único miembro de la élite florentina que no aplaudió. Y, por supuesto, era el único en la sala que había hablado con Dante cara a cara y que le había hecho saber que lo consideraba un idiota.

El Príncipe no estaba disfrutando con esos recuerdos. Le caía mal Dante entonces y seguía cayéndole mal ahora. Además, odiaba el mundo que había construido en su *magnum opus*.

(El Príncipe no consideraba que fuera incompatible adorar las ilustraciones de Botticelli y odiar el texto que ilustraban.)

Se ajustó los gemelos que unían los puños de su elegante camisa negra, adornados con el símbolo de Florencia. Seguiría a los Emerson y, cuando estuvieran lejos de la presencia de testigos, atacaría. Sólo necesitaba tener un poco más de paciencia.

Y ésa era una virtud que poseía en abundancia.

Mientras se servía un refrigerio y los invitados charlaban entre sí, el Príncipe se mantuvo apartado, sin hablar con nadie, rechazando los ofrecimientos de comida y bebida de los camareros.

Los humanos solían reaccionar a su presencia de dos maneras. O bien se percataban de que era peligroso y se alejaban de él, o bien se lo quedaban mirando y se le acercaban sin darse cuenta siquiera de que lo estaban haciendo.

Era un hombre guapo. Habría quien lo definiría como un hombre hermoso, con su pelo rubio, sus ojos grises y su apariencia juvenil. Aunque no llegaba al metro ochenta de estatura, tenía un cuerpo esbelto y musculoso bajo el traje negro. Su postura y sus movimientos eran fuertes y decididos, como correspondía a un hombre de su poder.

Era un depredador, no una presa, así que no tenía nada que temer. Por ejemplo, en esa sala, lo único que podía preocuparle era que alguien descubriera su identidad.

Saludó con una rápida inclinación de cabeza al *dottore* Vitali, el director de la galería, pero no se acercó a hablar con él. De hecho, la furia del Príncipe se extendía hasta el director, ya que él también estaba traficando con mercancía robada.

El Príncipe de Florencia no había mantenido el dominio de la ciudad gracias a la indulgencia. En su principado, la

justicia se aplicaba rápidamente y nadie quedaba exento. Cuando llegara la hora del *dottore* Vitali, él también sería castigado.

El Príncipe se acercó a las puertas de la sala de exposiciones. Al asomarse vio que habían pintado las paredes de azul brillante, para que las ilustraciones de la *Divina Comedia* de Dante destacaran más. Se sintió aliviado al ver que sus preciosas obras de arte estaban protegidas por cristales.

Examinó la habitación de pared a pared y del suelo al techo, tomando nota de todas las medidas de seguridad. Ejecutar a los Emerson era sólo parte del plan. También tenía que recuperar sus ilustraciones.

Observó al profesor y a su esposa, que estaban frente a una de las mejores muestras de arte de Botticelli, una imagen de Dante y Beatriz en la esfera de Mercurio. Beatriz iba vestida con ropa vaporosa y señalaba hacia arriba, mientras que Dante seguía su gesto con los ojos.

El Príncipe se acercó caminando con decisión.

Los ojos de la señora Emerson se volvieron hacia los suyos durante un instante y él jugueteó con la idea de ejercer control mental sobre ella.

Cuando estaba tan cerca que ya podía tocar con los dedos la vitrina protectora, los Emerson se hicieron a un lado, dejándole sitio.

Incomprensiblemente, el profesor colocó a su esposa tras él, protegiéndola así de la vista del Príncipe.

Los dos machos se retaron con la mirada.

El Príncipe tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Gabriel no tenía ni idea del alcance del poder de su adversario. Ni de su grado de enfado.

—Buenas noches —los saludó el Príncipe en inglés, haciendo una reverencia.

—Buenas noches —replicó el profesor con brusquedad, deslizando la palma de la mano sobre el brazo de su esposa para tomarla de la mano.

El Príncipe siguió el recorrido de la mano de Gabriel y se permitió una ligera sonrisa.

—Una velada espectacular —comentó señalando a su alrededor con magnanimidad.

—Así es —replicó Gabriel, agarrando la mano de Julia con demasiada fuerza.

—Es muy generoso por su parte compartir *sms* ilustraciones —dijo el Príncipe con ironía—. Qué suerte para usted haberlas conseguido mediante un vendedor secreto y no por los cauces habituales.

Esperó para comprobar la reacción del profesor, aspirando con disimulo para analizar el aroma del matrimonio.

El aroma del profesor no tenía nada de particular. A tra-

vés de él, el Príncipe supo que estaba sano y que era muy arrogante. Todavía no había acabado de formar las virtudes de su vida. También era evidente que tenía un gran instinto protector. Tanto la aspereza de su sangre como su lenguaje corporal indicaban que daría la vida por la joven que estaba a su espalda.

La idea de comprobarlo era muy tentadora.

Tras haber leído el carácter del profesor a través del aroma de su cuerpo y de su sangre, el Príncipe enfocó su atención en la caritativa señora Emerson.

Inicialmente olía a virtud; en concreto, a compasión y generosidad. El aroma de su bondad le resultó una sorpresa agradable al Príncipe. Como si fuera un reflejo involuntario, su mirada se desvió al cuadro de Beatriz que colgaba cerca de allí.

—Sí, me considero un hombre afortunado —repuso Gabriel—. Que disfrute de la velada. —Asintió con brusquedad con la cabeza y se alejó sin soltar la mano de su esposa.

El Príncipe permaneció donde estaba y cerró los ojos, respirando con profundidad una vez más. Cuando la señora Emerson pasó por delante de él, algo desagradable —y decididamente maligno— le alcanzó la nariz.

Abrió los ojos al darse cuenta de pronto de que la señora Emerson estaba enferma.

Su amabilidad y su caridad casi lograban enmascarar el desagradable olor interno, pero allí estaba, acechando en las profundidades como una serpiente.

El Príncipe y los de su especie eran expertos en detectar los defectos y las enfermedades de los seres humanos. Tal vez fuera una característica innata o producto de la adaptación. Pero, fuera cual fuese su origen, esa característica les permitía distinguir entre fuentes de alimento deseables o poco recomendables.

Y, gracias a esa habilidad, determinó que a la señora Emerson le faltaba hierro. De eso estaba seguro. No obstante, había otra cosa; algo grave, que no había notado antes, y que la convertía en un sujeto repugnante. Sin embargo, sus virtudes eran muy reales. Le sorprendió darse cuenta de que no se trataba de la esposa consentida que había creído que era.

Los ojos del Príncipe siguieron a la pareja hasta el extremo opuesto del pasillo, donde los Emerson, muy juntos, susurraban frenéticamente.

Con una última mirada de indecisión hacia la preciosa cara de la señora Emerson, se volvió y se dirigió a la salida.